

San Agustín y la Biblia. Ejercicio hermenéutico y maduración espiritual ¹

¹ En cuanto a lecturas recomendadas para profundizar en este tema de la hermenéutica agustiniana, recomendamos, entre otros, los siguientes títulos: MARTÍNEZ, T., *Introducción*, en SAN AGUSTÍN, *Obras Completas XIII / Tratados sobre el Evangelio de San Juan*, Madrid 1968, 1-67; Berrouard, M. F. (revisar la *Introducción*, en SAN AGUSTÍN, *Obras Completas XVIII / Escritos bíblicos [2º]*, 449); HILL, CH. E., *The Johannine Corpus in the Early Church*, New York 2004, 459-469; SAN AGUSTÍN, *Obras Completas XVIII / Escritos bíblicos (2º)*, 447-485; NORRIS, J. M., *The Theological Structure of Augustine's Exegesis in the Tractatus in Evangelium Ioannis*, en VAN FLETEREN, F., y SCHNAUBELT, J. C. [eds.], *Augustine*, New York 1993, 391-392; LANGA AGUILAR, P., *San Agustín y la Biblia en defensa de la Iglesia: Religión y cultura* 249-250 (2009) 543-570; FRANCISCO J. WEISMANN, *Biblia y vida monástica en San Agustín: Stromata* 41/1-2 (1985) 87-96; FRANCISCO WEISMANN, *Biblia y vida monástica en San Agustín: Cuadernos Monásticos* 93 (1990) 135; ARGMIRO TURRADO, *La utopía y la dialéctica vital de la Biblia como característica esencial de la mentalidad de san Agustín: Estudio agustiniano: Revista del Estudio Teológico Agustiniiano de Valladolid* 21/3 (1986) 451-473; GIUSEPPE CARUSO, *Agustín y la Biblia griega en las "Enarrationes in Psalmos": Augustinus: revista trimestral publicada por los Padres Agustinos Recoletos* 66/260-261 (2021) 7-20; JEFFERSON DIONISIO, *La traducción bíblica en Agustín: Revista de filosofía* 38/97(2021) 231-247; TEPPEI KATO, *¿Griego o hebreo? Agustín y Jerónimo sobre la traducción bíblica: Augustinus: revista trimestral publicada por los Padres Agustinos Recoletos* 64/252-253 (2019). XVIII Congreso Internacional de Estudios Patristicos. Ejemplar dedicado a San Agustín en Oxford, 173-185; JOSEPH GRABAU, *Cristología y exégesis en el Tratado XV "in Iohannis Euangelium de Agustín de Hipona": Augustinus: revista trimestral publicada por los Padres Agustinos Recoletos* 64/252-253 (2019). XVIII Congreso Internacional de Estudios Patristicos. Ejemplar dedicado a San Agustín en Oxford, 145-152. Son muy recomendables -debido a su alta calidad científica y a lo atinado de sus observaciones- los siguientes estudios: PROSPER GRECH, *Principios hermenéuticos de San Agustín en el "De Doctrina Christiana"*: JOSÉ OROZ RETA – JOSÉ ANTONIO GALINDO RODRIGO (DIRS.), *El pensamiento de San Agustín para el hombre de hoy (III)*, Ed. Edicep, Valencia 1998, 347-366. También recomendamos el brillante estudio de ENRIQUE EGUIARTE B., *San Agustín y la Biblia: JOSÉ OROZ RETA – JOSÉ ANTONIO GALINDO RODRIGO (DIRS.), El pensamiento de San Agustín para el hombre de hoy (III)*, Ed. Edicep, Valencia 1998, 365-420. Con respecto a la interpretación agustiniana de los textos joánicos, ya abordamos previamente -con cierta amplitud- esta cuestión: MANUEL SÁNCHEZ TAPIA, *Teología de los símbolos en los escritos joánicos de San Agustín: Estudios*

RESUMEN

El presente artículo trata de aproximarse a algunos aspectos relativos a la lectura de la Biblia que hace Agustín después de su conversión al cristianismo. Está organizado en cinco bloques. El 1º muestra algunos datos generales relativos al ejercicio hermenéutico agustiniano. El 2º prueba que -para Agustín- la Biblia viene de Dios y nos conduce a Dios. El 3º evidencia que el hiponense es un experto a la hora de interpretar símbolos bíblicos. El 4º aborda la cimentación bíblica de algunos núcleos del carisma agustiniano. El 5º, finalmente, desemboca en unas conclusiones.

PALABRAS CLAVE. Encuentro, transformación, Dios, autor sagrado, exégesis, teología simbólica y espiritualidad agustiniana.

ABSTRACT

This article tries to approach some aspects related to Augustine's reading of the Bible after his conversion to Christianity. It is organized in five blocks. The 1st shows some general data related to the Augustinian hermeneutical exercise. The 2nd proves that - for Augustine - the Bible comes from God and leads us to God. The 3rd shows that the Hiponense is an expert in interpreting biblical symbols. The 4th addresses the biblical foundation of some nuclei of the Augustinian charism. The 5th, finally, leads to some conclusions.

KEY WORDS. Encounter, transformation, God, sacred author, exegesis, symbolic theology and Augustinian spirituality.

1. LA BIBLIA Y SAN AGUSTÍN: ALGUNOS RASGOS DE HERMENÉUTICA AGUSTINIANA ².

Agustín se encuentra con la Biblia y se encuentra con Dios en la Biblia. Muchas de las obras agustinianas tienen una clara cimentación

eclesiásticos: Revista de investigación e información teológica y canónica 88/344 (2013) 83-118. También en *San Agustín y san Juan. La persuasión del universo simbólico*: Estudios eclesiásticos: Revista de investigación e información teológica y canónica 93/366 (2018) 657-698. Evidentemente, junto a todo lo anterior, es indispensable conocer muy bien los principios hermenéuticos agustinianos volcados por San Agustín en sus obras *De doctrina christiana* y *De utilitate credendi*. En versión digital recomendamos *La Sagrada Escritura y San Agustín Predicador* (escrito por PEDRO LANGA AGUILAR), ubicado en www.mercaba.org / Consulta: 04.09.2023. También en versión on-line contamos con JOSÉ JUAN GARCÍA, *La Hermenéutica en San Agustín: impacto en Hans Georg Gadamer*, ubicado en www.encyclopediapatristica.com / Consulta: 04.09.2023.

² Tomamos en este epígrafe buena parte de lo expuesto en PROSPER GRECH, *Principios hermenéuticos de San Agustín en el "De Doctrina Christiana"*: JOSÉ OROZ RETA – JOSÉ

escribirística, y son muchos los mensajes del obispo hiponense -por no decir la mayoría- en los que el aroma bíblico es casi omnipresente.

¿Hay algunas obras agustinianas especialmente bíblicas, por su inspiración o por su objeto de estudio? Creemos que sí. Aunque la Sagrada Escritura permea una inmensa amplitud de la obra agustiniana, tenemos una serie de títulos que están centrados en el estudio particular de algunos libros de la Biblia. Una enumeración que esperemos no se deje a ninguno por el camino nos lleva a apuntar en la lista las siguientes obras:

- *Anotaciones al libro de Job.*
- *Comentario al Génesis en réplica a los maniqueos.*
- *Comentario literal al Génesis.*
- *Comentario literal al Génesis (incompleto).*
- *Comentarios a los salmos.*
- *Concordancia de los evangelistas.*
- *Cuestiones sobre el Heptateuco.*
- *Cuestiones sobre los Evangelios.*
- *Diecisiete cuestiones sobre el Evangelio de San Mateo.*
- *La doctrina cristiana.*
- *El espejo de la Sagrada Escritura.*
- *Exposición de algunos textos de la Carta a los Romanos.*
- *Exposición de la Carta a los Gálatas.*
- *Exposición incoada de la carta a los Romanos.*
- *Locuciones del Heptateuco.*
- *Ocho cuestiones del Antiguo Testamento.*
- *Sermón de la Montaña.*
- *Sermones sobre el Antiguo Testamento.*
- *Sermones sobre los Evangelios sinópticos.*
- *Sermones sobre el Evangelio de San Juan, Hechos y Cartas de los apóstoles.*
- *Tratados sobre el Evangelio de San Juan.*
- *Tratados sobre la primera carta de San Juan.*

Agustín advierte que Dios nos habla y se comunica con nosotros a través de la Sagrada Escritura; de este modo nos ayuda a madurar espiritualmente y a crecer en santidad. Hay un grupo amplio de estudiosos de San Agustín que nos ayudan a captar las vinculaciones entre el hijo de Santa Mónica y la Biblia. Sin ánimo de ser exhaustivos, recomendamos las investigaciones de Pedro Langa Aguilar, Francisco J. Weismann, Argimiro Turrado, Giuseppe Caruso, Jefferson Dionisio, Prosper Grech, Enrique Eguiarte, José Juan García y algunos estudios puntuales del siempre lúcido Jaime García Álvarez. Este elenco ha de ampliarse con el listado vertido en la primera nota a pie de página de este artículo.

Agustín está en contacto con las Escrituras en diferentes momentos de su existencia en la tierra. Leer sólo con criterios literarios la Sagrada Escritura lo aleja de la fe católica, con la ulterior caída en el maniqueísmo (sus seguidores rechazaban todo el Antiguo Testamento). En Milán escucha a San Ambrosio predicando la palabra de Dios y esto le ayuda a retornar a la Católica. El contacto con las cartas paulinas (sobre todo con Rom 13,13-14) es decisivo en su cambio vital y evidencia para él la humildad del Verbo encarnado. En Casiciaco su oración es alimentada por la Escritura. Tras ser bautizado, viviendo en África, la Escritura es para él tema de reflexión y diálogo. Es nombrado presbítero cuando saborea la idea de retirarse a estudiarla (cf. ep. 21,3). Llega a pedir al obispo tres meses para estudiarla con detenimiento (cf. ep. 21,4). Después, a lo largo de su vida como sacerdote y obispo, emprende una intensa tarea exegética. Pide no ser molestado durante su tiempo de meditación de la Palabra (cf. ep. 213,5-6) y estando en su lecho ya cercano a la muerte -según nos narra Posidio- solicita que le escriban en la pared de su habitación los salmos penitenciales (cf. vita, 31).

¿Qué podríamos anotar como introductorio, además de lo dicho, en un estudio sobre San Agustín y la Biblia? En primer lugar anotemos que los principios hermenéuticos de San Agustín aparecen condensados en su obra *De doctrina christiana* (aprox. 397). El santo, una y otra vez, asegura que la Escritura ha de servirnos para obtener la fe, la esperanza y la caridad.

No es el hiponense (a estas alturas todo el mundo lo sabe) un hombre que no trate de integrar la fe con la razón. Aquí está la base para

asegurar que Agustín trata de alcanzar la “inteligencia de la Escritura”. El santo -esto es muy cierto- valora el “método científico”, y trata de interpretar los textos bíblicos siempre en subordinación a la caridad. Valora un estudio riguroso de la Escritura, pero no desea quedar encerrado en los estrechos márgenes de la intelectualidad. Sí al estudio, pero que siempre esté orientado a la caridad. El peor enemigo para entender los mensajes que Dios nos da en la Biblia es -nos asegura Agustín- la soberbia humana. Un hombre soberbio puede pensar: ¿qué necesidad voy a tener de la luz divina que ilumine mi mente, para luego hacer un ejercicio de hermenéutica bíblica...? El soberbio se cree que no necesita de nada ni de nadie.

Cuando Agustín brinda una serie de *principios exegéticos*³ aplicables a la interpretación de la Escritura, nosotros pensamos que pueden tener valor todavía hoy, tanto para el exégeta como para el estudioso de la teología bíblica. Pueden ser reglas útiles. Sería deseable que no sólo se aprovechen los estudiosos, leyendo a quienes desvelaron los secretos de las divinas Escrituras, sino también otros a los que ellos se las transmitan. El santo hiponense advierte que no sería culpa suya si apuntando con el dedo a la luna nueva, hubiera alguien que, o no viera el dedo, o que viéndolo no acertase a encontrar el astro indicado. Esa persona necesitaría rezar para que el Señor le abra los ojos (cf. doc.chr. prol. 1,2 y 3).

En la hermenéutica agustiniana es esencial la *distinción entre res y signa*. El signo es una realidad que, además de la imagen que transmite a los sentidos sobre sí mismo, hace llegar a la mente -con su presencia- otras cosas. Entre los signos unos son naturales y otros son datos. Entre los últimos unos son propios y otros son trasladados. Encontramos muchísimos pasajes claros que suscitan el hambre de nuevos conocimientos. En los pasajes oscuros no hay apenas nada que no se encuentre en los más claros. Para superar las sombras de los pasajes oscuros es menester crecer en virtudes y superar los vicios, sobre todo el vicio pecaminoso de la soberbia (cf. doc.chr. 2,1,1; 2,1,2; 2,10,15; 2,6,7; 2,6,8).

³ Tomamos bastantes consideraciones del luminoso estudio de PROSPER GRECH, *Principios hermenéuticos de San Agustín en el “De Doctrina Christiana”*. JOSÉ OROZ RETA – JOSÉ ANTONIO GALINDO RODRIGO (DIRS.), *El pensamiento de San Agustín para el hombre de hoy (III)*, Ed. Edicep, Valencia 1998, pp. 347-366.

Agustín apunta, en efecto, que en la Biblia hay *pasajes claros* y *pasajes oscuros*. Los más claros ayudan a entender los otros.

Si queremos interpretar bien los textos más complicados, nos hace falta una serie de virtudes:

- *Temor de Dios y humildad.*
- *Esfuerzo por superar nuestros vicios.*
- *Piedad, sabiduría y ciencia.*
- *Fortaleza interior.*
- *Consejo.*
- *Purificación interior del corazón.*

En cuanto a los libros apócrifos, San Agustín nos dice que son útiles sólo para aquellos que están mejor instruidos. En la época de San Agustín no estaba todavía establecido definitivamente el canon, cosa que ocurrirá en Trento (concretamente el 8 de abril de 1546).

Agustín advierte que para conocer con exactitud el mensaje salvífico que Dios nos da en la Biblia es imprescindible recurrir a las lenguas bíblicas originales, a saber, el hebreo y el griego.

En cuanto a las traducciones existentes, Agustín prefiere la “Ítala”, porque posee una mayor fidelidad a las palabras y añade una mayor claridad en la expresión.

Desde el año 400, Agustín se sirve de la revisión jeronimiana de los cuatro evangelios (Vulgata), pero no adopta nunca la traducción del hebreo del AT, porque prefiere la versión de la Septuaginta (Biblia griega).

Agustín indica que hay una serie de ciencias auxiliares que nos ayudan en la inteligencia de la Sagrada Escritura, a saber:

- Ciencias de la naturaleza
- Música
- Ciencia de los números
- Astronomía (no Astrología)
- Arte
- Historia
- Mecánica
- Dialéctica

- Lógica
- Elocuencia
- Matemáticas

Un importante principio hermenéutico agustiniano asegura que Dios es el autor único, tanto de las Escrituras como de la tradición eclesial, entre las que no puede haber contradicción alguna.

La Sagrada Escritura, y en particular el Antiguo Testamento, puede leerse desde cuatro ángulos o puntos de vista ⁴:

- *Histórico*
- *Etiológico*
- *Analógico*
- *Alegórico*

Escuchemos cómo nos lo cuenta el mismo Agustín en *De utilitate credendi*, capítulo 3º:

“Esa parte de la Sagrada Escritura que se llama Antiguo Testamento se ofrece a los que ponen diligencia en conocerla desde cuatro puntos de vista: el de la historia, de la etiología, de la analogía y de la alegoría. No me tomes por necio porque me haya servido de estos términos griegos. Así me los han dado a mí y así te los transfiero, sin atreverme a sustituirlos. Además, ten en cuenta que no tiene nuestra lengua términos en uso para estos conceptos. Si para traducirlos forjara nuevos términos, sería mayor aún mi pedantería, y las perífrasis implicarían una exposición más embarazosa. Desearía que te convencieras de esto al menos: que, si me desvíó hacia el error, no me lleva a él el orgullo ni la altanería.

Se nos ofrece la Escritura santa desde un punto de vista histórico cuando en ella se nos instruye en lo que ha sido escrito o en lo que se ha realizado; y si no ha tenido realidad, se nos describe como si la hubiera tenido. Al punto de vista etiológico corresponde la explicación causal de por qué se han dicho o hecho algunas cosas. La demostración de que entre el Antiguo y Nuevo Testamento no existe contradicción pertenece al estudio analógico. La alegoría nos previene para que no tomemos a la letra todo lo que allí se nos dice, sino en sentido figurado” (nº 5).

⁴ *De utilitate credendi* 3,5-6.

“Lo mismo nuestro Señor Jesucristo que los apóstoles hicieron uso de estos cuatro modos de entender las Sagradas Escrituras. Sentido histórico tienen las palabras con que responde Jesús cuando los fariseos le reprochan que sus discípulos habían arrancado espigas en día de sábado: ¿No habéis leído, les dijo, lo que hizo David cuando tuvo hambre él y los que le acompañaban? ¿Cómo entró en la casa de Dios y comieron los panes de la proposición, que no les era lícito comer a él y a los suyos, sino sólo a los sacerdotes? Con sentido etiológico se nos ofrece aquel pasaje en que al prohibir Cristo repudiar a la mujer a no ser en caso de fornicación, y serle replicado por los fariseos que Moisés había permitido despedirla mediante libelo de repudio, les dice Cristo: «Esto lo permitió Moisés a causa de la dureza de vuestro corazón». Se da aquí razón de por qué Moisés obró bien permitiendo el repudio; el mandato de Cristo señalaba que ya estaban llegando los tiempos nuevos. Exponer ahora aquí cómo es la divina Providencia, la que ha acordado y puesto en orden estos tiempos nuevos, es tarea no breve” (nº 6).

La Biblia está presente habitualmente en la mente y en el corazón del obispo de Hipona. Algunos de sus pensamientos corroboran lo decisivo de la Escritura en su vida y en su discurso. Veamos algunos pensamientos salidos directamente de la pluma de Agustín, para captar cómo suena la música agustiniana con respecto a su comprensión de la Sagrada Escritura:

«Dios es el autor de las Escrituras antiguas (...).

Sí, pero no saben a nada si no se ve en ellas a Cristo».

(Io.ev.tr. 9,5).

«Lee todos los libros proféticos. Si no ves en ellos a Cristo, iqué insípidos y qué sin sentido los hallarás! En cambio si ves allí a Cristo, no sólo tiene sabor lo que lees, sino que llega también a embriagarte».

(Io.ev.tr. 9,3).

«El Antiguo Testamento, dado sobre el monte Sinaí, que engendra esclavos, tiene sólo un valor, el dar testimonio del Nuevo. Mientras uno lee a Moisés, se echa un velo sobre su corazón, y al pasar a Cristo se descorre el velo. En efecto, los que dan ese paso del Antiguo al Nuevo Testamento cambian su intención y no aspiran ya a la felicidad carnal, sino a la espiritual».

(Civ.Dei 17,7,4).

«Las Santas Escrituras, antiguas y nuevas, que llamamos canónicas, son las fuentes de la fe de las que vive el justo».

(Civ.Dei 19,18).

«Aunque el Antiguo precede al Nuevo en tiempo, el Nuevo le precede en autoridad, porque aquél no es más que un prelude de éste».

(Civ.Dei 20,4).

«El mismo Dios, cuya clemencia y bondad es la única razón de nuestra existencia, no dio otras reglas en el Antiguo y Nuevo Testamento. En ambos existe el temor y el amor, bien que en el Antiguo prevalezca el temor y en el Nuevo domine el amor, allí rige la ley de la servidumbre, aquí los apóstoles anuncian la ley de la libertad».

(Mor.eccles. 1,28,56).

«Sólo a los libros canónicos debo mi irrecusable asentimiento y me considero libre para interpretar los escritos de cualquier hombre».

(Nat. et gr. 61,71).

«Yo conozco vuestra fe, es decir, la fe de toda la muchedumbre aquí presente, y aun la de aquellos que hoy no están aquí, pero que son fieles igualmente; sé que su fe tiene seguridad plena en la verdad de los evangelistas».

(Ser. 240,1).

«El Antiguo Testamento es el Nuevo velado, y el Nuevo es el Antiguo desvelado».

(Ser. 300,3).

«No tiene por qué preocuparos el que un evangelista diga algo que otro pasa por alto, puesto que quien pasa por alto ésta, dice otra que había omitido el primero. Pero hay cosas que sólo las narra un evangelista, callándolas los otros tres; otras las consignan dos, guardando silencio los otros dos; algunas las encontramos en tres de ellos, faltando sólo en uno. Puesto que en los cuatro evangelistas habla un único espíritu, la autoridad del santo evangelio es tan grande que es verdadero hasta lo dicho por uno solo».

(Ser. 235,1).

«La verdad de las divinas Escrituras es por todas sus partes segura e indiscutible, puesto que los mismos apóstoles, y no cualesquiera otros, la en-

comendaron a nuestra memoria para edificar nuestra fe; por esa razón fue asimismo recibida en la cumbre canónica de la autoridad».

(Ep. 82,2,7).

«Ni siquiera las Sagradas Escrituras (que imponen la fe en grandes misterios antes de que podamos entenderlos) podrán serte útiles si no las entiendes rectamente. Todos los herejes que han admitido la autoridad de las divinas Escrituras, creen haberse atendido a ellas, cuando se atuvieron más bien a sus propios errores; pero son herejes no por haberlas menospreciado, sino por no haberlas entendido».

(Ep. a Consencio, n. 120,3,13).

«He de leer con absoluta certidumbre, seguro de su verdad, la santa Escritura, colocada en la suma y celeste cumbre de la autoridad, y por ella conoceré con verdad a los hombres, ya los apruebe, ya los corrija, ya los reprenda. Mejor es eso que el convertir en sospechosas las palabras divinas, por opinar que no son reprehensibles ciertas obras humanas en algunas personas de laudable excelencia».

(Ep. 82, 11, 5).

«No te adelantes a producir escándalo en la Iglesia leyendo al pueblo escrituras que el canon eclesiástico no admite».

(Ep. a Quintiano 64,3).

«Si la razón se vuelve contra la autoridad de las Sagradas Escrituras, por muy aguda que sea, se engaña con una apariencia de verdad. En ninguna forma puede ser verdadera. Igualmente, si a una razón evidente trata alguien de oponer la autoridad de las Sagradas Escrituras, no entiende quien eso hace: opone a la verdad, no el sentido de aquellas Escrituras, al que no ha logrado llegar, sino el suyo propio. Opone lo que encontró no en ellas sino en sí mismo, como si fuese en ellas».

(Ep. a Marcelino 143,7).

«Es útil que haya diversidad de opiniones en los lugares oscuros de las divinas Escrituras, pues Dios nos las ha dejado para ejercitarnos, y que a unos les parezca una cosa y a otros otra, con tal que todos estén de acuerdo con la sana fe y doctrina».

(Ep. a Paulino, n.149,3,34).

«Las verdades que en el Antiguo Testamento se hallan ocultas bajo el velo de las promesas terrenas salen a la luz con la predicación del Nuevo Testamento. En efecto, el mismo Señor manifestó y declaró en breves palabras la utilidad de los antiguos libros, al decir que era conveniente que se cumpliesen en su persona todas cuantas cosas estaban escritas de Él en la Ley, los Profetas y los Salmos».

(Pecc.mer. 1,27,53).

«En todas las Epístolas y en el excelente libro en el que con exacta verdad se narran los hechos de los apóstoles no se puede encontrar ningún brote de mentira que pueda servir de ejemplo para autorizar esa libertad de mentir».

(C.mend. 12,26).

«Por la fe caminamos a Dios, no por la visión de la verdad. Se tambaleará la fe si comienza a vacilar la autoridad de la divina Escritura, y si se tambalea la fe, la caridad languidece. Todo el que se aparta de la fe se aleja de la caridad; porque no puede amar lo que no cree que existe. Pero si cree y ama obrando el bien y sometándose a los preceptos de las buenas costumbres llega a tener esperanza de conseguir lo que ama. Tres cosas, la fe, la esperanza y la caridad, son las que encierra toda ciencia y profecía».

(Doc.chr. 1,37,41).

«Los que leen la Sagrada Escritura no apetecen encontrar en ella más que el pensamiento y la voluntad de los que la escribieron, y de este modo llegar a conocer la voluntad de Dios, según la cual creemos que hablaron aquellos hombres».

(Doc.chr. 2,5,6).

«El más diligente investigador de las Sagradas Escrituras será en primer lugar el que las hubiere leído íntegramente y las tenga presentes, si no en la memoria a lo menos en la constante lectura, sobre todo aquellas que se llaman canónicas. Porque las demás las leerá con más seguridad una vez instruido en la fe de la verdad, y así no se adueñarán de su débil ánimo, ni perjudicarán en algo contra la sana inteligencia burlándose de él con peligrosas mentiras y falsas alucinaciones».

(Doc.chr. 2,8,12).

«Acontece que no se ve cuál sea el verdadero sentido de un mismo pasaje cuando muchos autores intentan darlo a conocer, según la capacidad y el discernimiento de cada uno, si no se coteja con el original la sentencia traducida por ellos; y muchas veces si el traductor no es doctísimo se aparta del sentido del autor; por esto para conocer el sentido es preciso recurrir a las lenguas de donde se tradujo al latín; o consultar las versiones de aquellos que se ciñeron más a la letra, no porque basten éstas, sino porque mediante ellas se descubrirá la verdad o el error de los otros que al traducir prefirieron seguir el sentido que verter las palabras».

(Doc.chr. 2,13,19).

«Entre todas las traducciones la Ítala ha de preferirse a las demás, porque es la más precisa en las palabras y más clara en las sentencias. Para corregir cualquier versión latina se ha de recurrir a las griegas, entre las cuales, por lo que toca al Antiguo Testamento, goza de mayor autoridad la versión de los Setenta, de los cuales es ya tradición en las Iglesias más sabias, que tradujeron con tan singular asistencia del Espíritu Santo, que de tantos hombres aparece un solo sentir (...). Si fuese necesario, los códices latinos del Antiguo Testamento deben corregirse por la autoridad de los griegos y, sobre todo, por la de aquellos que siendo setenta se afirma tradujeron por una sola boca. Por lo que se refiere a los libros del Nuevo Testamento, si hay algo dudoso en las diferentes versiones de los latinos, no hay duda que deben ceder a los griegos y, sobre todo, a los que se hallan en las Iglesias más doctas y cuidadosas».

(Doc.chr. 2,15,22).

«El oyente de la palabra de Dios ha, en efecto, de pensar su obligación de conducirse al talle de lo que oye; no alabar la palabra divina con la lengua y despreciarla con la vida».

(Ser. 11,1).

«Es el Evangelio la boca de Cristo, quien, sentado ya en el cielo, no deja de hablar en la tierra. No seamos nosotros sordos; Él bien alto habla; no seamos nosotros sordos, pues Él truena».

(Ser. 85,1).

«Explicaros las Escrituras es, como si dijésemos, partiros el pan. Aceptadle, pues, con ganas, y el eructo de vuestras alabanzas muestre que estáis satis-

fechos; y, como el festín es abundante, no seáis vosotros magros en buenas obras y acciones. Esto que os doy no es mío; yo como de donde coméis vosotros y vivo de lo que vivís. Tenemos en el cielo una despensa común; de allí nos viene la palabra de Dios».

(Ser. 95,1).

Es evidente que la lectura de la Biblia va transformando paulatinamente el corazón de Agustín. Esto ya ocurrió en el proceso de conversión del santo, y él mismo nos lo indica en conf. 8,12,28-30, cuando nos narra el impacto transformador que generó en él la lectura de Rom 13,13:

«Pero, apenas una alta consideración sacó del profundo de su secreto y amontonó toda mi miseria a la vista de mi corazón, estalló en mi alma una tormenta enorme, que encerraba en sí copiosa lluvia de lágrimas. Y para descargarla toda con sus truenos correspondientes, me levanté de junto Alipio – pues me pareció que para llorar era más a propósito la soledad– y me retiré lo más remotamente que pude, para que su presencia no me fuese estorbo. Tal era el estado en que me hallaba, del cual se dio él cuenta, pues no sé qué fue lo que dije al levantarme, que ya el tono de mi voz parecía cargado de lágrimas.

Permaneció él en el lugar en que estábamos sentados sumamente estupefacto; mas yo, tirándome debajo de una higuera, no sé cómo, solté la rienda a las lágrimas, brotando dos ríos de mis ojos, sacrificio tuyo aceptable. Y aunque no con estas palabras, pero sí con el mismo sentido, te dije muchas cosas como éstas: ¡Y tú, Señor, hasta cuándo! ¡Hasta cuándo, Señor, has de estar irritado! No te acuerdes más de nuestras maldades pasadas. Me sentía aún cautivo de ellas y lanzaba voces lastimeras: «¿Hasta cuándo, hasta cuándo, ¡mañana!, ¡mañana! (cras et cras)? ¿Por qué no hoy? ¿Por qué no poner fin a mis torpezas ahora mismo?».

Decía estas cosas y lloraba con muy dolorosa contrición de mi corazón. Pero he aquí que oigo de la casa vecina una voz, como de niño o niña, que decía cantando y repetía muchas veces: «Toma y lee, toma y lee» (tolle lege, tolle lege). De repente, cambiando de semblante, me puse con toda la atención a considerar si por ventura había alguna especie de juego en que los niños acostumbrasen a cantar algo parecido, pero no recordaba haber oído jamás cosa semejante; y así, reprimiendo el ímpetu de las lágrimas, me levanté, interpretando esto como una orden divina de que abriese el código y leyese el primer capítulo don-

de topase. Porque había oído decir de Antonio que, advertido por una lectura del Evangelio, a la cual había llegado por casualidad, y tomando como dicho para sí lo que se leía: Vete, vende todas las cosas que tienes, dadas a los pobres y tendrás un tesoro en los cielos, y después ven y sígueme, se había al punto convertido a ti con tal oráculo.

Así que, apresurado, volví al lugar donde estaba sentado Alipio y yo había dejado el código del Apóstol al levantarme de allí. Lo tomé, lo abrí y leí en silencio el primer capítulo que se me vino a los ojos, que decía: No en comilonas y embriagueces, no en lechos y en liviandades, no en contiendas y emulaciones sino revestíos de nuestro Señor Jesucristo y no cuidéis de la carne con demasiados deseos. No quise leer más, ni era necesario tampoco, pues al punto que di fin a la sentencia, como si se hubiera infiltrado en mi corazón una luz de seguridad, se disiparon todas las tinieblas de mis dudas.

Entonces, registrando el código con el dedo o con no sé qué otra señal, lo cerré, y con rostro ya tranquilo conté a Alipio lo sucedido, quien a su vez me indicó lo que estaba pasando por él, y que yo ignoraba. Pidió ver lo que había leído; se lo mostré, y puso atención en lo que seguía a aquello que yo había leído y yo no conocía. Seguía así: Recibid al débil en la fe, lo cual se aplicó él a sí mismo y me lo comunicó. Y fortificado con tal admonición y sin ninguna turbulenta vacilación, se abrazó con aquella determinación y santo propósito, tan conforme con sus costumbres, en las que ya de antiguo distaba ventajosamente tanto de mí.

Después entramos a ver a mi madre, indicándoselo, y se llenó de gozo; le contamos el modo como había sucedido, y saltaba de alegría y cantaba victoria, por lo cual te bendecía a ti, que eres poderoso para darnos más de lo que pedimos o entendemos, porque veía que le habías concedido, respecto de mí, mucho más de lo que constantemente te pedía con sollozos y lágrimas piadosas. Porque de tal modo me convertiste a ti que ya no apetecía esposa ni abrigaba esperanza alguna de este mundo, estando ya en aquella regla de fe sobre la que hacía tantos años me habías mostrado a mi madre. Y así convertiste su llanto en gozo, mucho más fecundo de lo que ella había apetecido y mucho más caro y casto que el que podía esperar de los nietos que le diera mi carne».

Terminemos esta primera sección anotando que, para acercarnos a la Sagrada Escritura, Agustín nos regala una obra que posee indudablemente un carácter metodológico. Se trata de *La doctrina cristiana*. Los

tres primeros libros de esta obra los escribió poco después de ser ordenado obispo. El cuarto libro lo redactó al final de su vida. Es importante en la historia de la interpretación de las Sagradas Escrituras. Posee dos partes. Una primera que nos ayuda a descubrir los contenidos de la Biblia. Una segunda que nos indica el cómo debe presentarlos el predicador a sus oyentes.

2. LA BIBLIA VIENE DE DIOS Y NOS LLEVA A DIOS ⁵

San Agustín advierte que la Sagrada Escritura es un libro inspirado por Dios. Dios es su autor y es el que (mediante el Espíritu Santo) inspira a los otros “autores” para que nos comuniquen la voluntad divina. La *auctoritas* de la Biblia está fundada en Dios. Dios es quien habla y la Biblia (nutrida de la sabiduría divina) posee solidez y estabilidad. Es un libro esencial y permanente.

La Escritura es la verdad que el predicador ofrece a sus fieles como manantial abundante para el sediento, como alimento sabroso para el hambriento, como medicina para el enfermo, como lluvia para el que tiene seco el corazón, como lámpara para quien camina en la noche de este mundo, como regla para el que anda torcido, como espejo en el que poder mirarse con la certeza de que dice la verdad, como documento que proclama el acabamiento de la cautividad, como libro que enseña al ignorante y como vademécum para las necesidades de la peregrinación del creyente. Es también monte en el que nace el riachuelo de la Palabra de Dios, carta que Dios envía desde la patria hacia la que caminamos, carta escrita por el dedo de Dios, autoridad firmísima para

⁵ Basado en JAMES J. O'DONNELL, *Voz “Biblia”*: ALLAN D. FITZGERALD (DIR.), *Diccionario de San Agustín. San Agustín a través del tiempo*, Ed. Monte Carmelo, Burgos 2001, 176-182; PEDRO LANGA AGUILAR, *La Sagrada Escritura y San Agustín Predicador*. Disponible en la web: www.mercaba.org / Consulta: 04.09.2023; ENRIQUE EGUIARTE B., *San Agustín y la Biblia*: JOSÉ OROZ RETA – JOSÉ ANTONIO GALINDO RODRIGO (DIRS.), *El pensamiento de San Agustín para el hombre de hoy (III)*, Ed. Edicep, Valencia 1998, 365-420; JOSÉ JUAN GARCÍA, *La Hermenéutica en San Agustín: impacto en Hans Georg Gadamer*. Disponible en la web: www.encyclopediapatristica.com / Consulta: 04.09.2023; ENRIQUE EGUIARTE B., *He de Guiarte 5. San Agustín y la Biblia*. Disponible en la web: <https://www.youtube.com/watch?v=V1IiUePis5A> / Consulta: 20.12.2023.

el polemista y el apologista, al tiempo que verdad suavísima para el teólogo y el místico ⁶.

La Biblia viene de Dios y nos lleva a Dios. En Dios está su origen inspirador, y en Dios está la meta o destino último al que nos conduce. Hemos de pedir el auxilio de la gracia (*gratia Christi*) para cumplir los mandamientos divinos. Dios desea iluminar interiormente al lector de la Sagrada Escritura para que pueda descubrir la voluntad de Dios a través de ella. Agustín habla de una iluminación divina interior, convencido de que el único que puede enseñarnos palabras de vida eterna es el Maestro interior (cf. mag. 14,45-46). Él ha de iluminar al hombre con su palabra y con su unción. Él es el que enseña internamente, mediante su inspiración y su unción, de modo que las palabras no sueñen vanamente en el exterior (cf. ep.Io. 13,13). El lector de la Sagrada Escritura que pretende estar en la escuela agustiniana debe, por tanto, hacer un permanente ejercicio de interioridad. Ha de entrar dentro de sí, para captar la *revelatio* que viene de Dios. Dicha revelación divina está caracterizada por los rasgos de la atracción y del deleite. Llena las almas de un gozo indescriptible, que nadie puede arrebatarse, según indica Agustín en el ser. 179,2.

El hijo de Santa Mónica no sólo es un gran lector de la Sagrada Escritura. Es también su predicador, su intérprete y un estudioso de la misma. El santo tuvo un conocimiento enciclopédico de la Biblia, hasta el punto de poder citar de memoria muchos de los pasajes escriturísticos.

Las Escrituras fueron para San Agustín su alimento cotidiano (cf. ser. 57,7), el cimiento firme sobre el cual edificar su vida, el revulsivo que le invita al cambio y a la conversión con la autoridad propia de Dios. Es verdad que, a través de la acción de Dios, a los creyentes y lectores de las Escrituras santas se le desvelan los misterios divinos. Entonces hay posibilidad real para acceder a un conocimiento más pleno de lo que Dios comunica y manifiesta. Es en este escenario de lectura espiritual cuando se capta admirablemente el plan salvífico de Dios para la persona y para la comunidad.

⁶ Cf. LUIS V., *San Agustín y la Biblia*: Revista Reseña bíblica, 55 (2007) 38.

Al hablar de las Escrituras no hemos de olvidar nunca la *auctoritas* divina que las caracteriza. Dios es su verdadero y único autor. Sus palabras divinas, ofrecidas con autoridad a través de autores humanos limitados, permanecen. Gracias a esta autoridad podemos hablar de solidez, de estabilidad y de permanencia para siempre. Aunque pasen los predicadores de la palabra divina, la Escritura se mantiene autorizadamente hasta el fin sobre los pueblos (cf. conf. 13,15,18). Lo que sí es cierto es que cuando pasen el cielo y la tierra y ya no haya necesidad de mediaciones, sino que sólo permanezca la contemplación directa de la Sabiduría de Dios, entonces ya no harán falta las Escrituras (cf. enar.psal. 93,6). La materialidad de la Escritura posee un carácter transitorio, mientras que la esencia de la Palabra permanecerá para siempre. Las mediaciones terminan, mientras que la Palabra permanece. Su “sublime autoridad” (cf. conf. 13,15,16) está fundada en Dios. Es Dios quien nos habla en ellas, y no hemos de buscar allí al hombre que yerra (cf. ser.Dolbeau 10,15).

A través de las divinas Escrituras van desarrollándose progresivamente un conocimiento y un amor que van de la mano. Cuanto más se va amando a Dios más se le va conociendo, tal y como apunta el tagastino en Io.ev.tr. 94,4: *«No se ama lo enteramente desconocido. Pero cuando se ama lo que de algún modo se conoce, el mismo amor hace que mejor y más perfectamente se conozca. Si pues adelantáis en la caridad, que derrama en vuestros corazones el Espíritu Santo, él os enseñará toda la verdad»*. Agustín subraya la riqueza del Espíritu, la profundidad de la Palabra y la acción de Dios en el creyente para desvelarle los misterios divinos.

.....El autor y los autores sagrados

Para Agustín está claro que *el autor de la Sagrada Escritura* es Dios, quien habla a través de diversas mediaciones humanas, ya que siendo uno solo el discurso de Dios, prolongado en toda la Escritura, suena por muchas bocas de santos una sola Palabra (...) (cf. enar.psal. 103,4,1). Los autores sagrados son como las diversas flautas que, a pesar de sus diferencias individuales, son tocadas, insufladas e inspiradas por un solo autor, el Espíritu Santo: *«El Espíritu es uno aunque los libros sean dos, y dos las personas y las lenguas (...). Si un soplo llena dos flautas, ¿no puede un solo Espíritu llenar dos corazones, mover dos lenguas? Si dos flautas henchidas*

por un mismo aliento, es decir, por un soplo, suenan acordes, ¿podrán no estar acordes dos lenguas llenas del Espíritu de Dios?» (ep.Io. 9,5). Siendo Dios el autor de ambos testamentos, en ellos hay unidad sin fisuras y armonía interior.

En las Escrituras, su autor que es Dios se revela a sí mismo y también revela su plan de salvación. Aquí encontramos una verdad religiosa. Dios se comunica con el hombre acomodándose a su capacidad. Aquí, en las Escrituras santas, hallamos claridad en lo necesario para la salvación; al mismo tiempo encontramos oscuridad para estimular una búsqueda que desemboque en el gozo del hallazgo. Hay unidad entre ambos testamentos porque Dios no puede contradecirse a sí mismo. Agustín insiste en esta unidad, especialmente frente a los maniqueos. El Antiguo Testamento presenta velado lo que el Nuevo Testamento brinda revelado (cf. enar.psal. 105,36; ser. 300,3). Los dos testamentos nos hablan de Cristo y de la Iglesia. Una cosa es cierta: los santos del Antiguo Testamento ven como futuro lo que en el Nuevo Testamento se ve como ya realizado. Nunca hay contradicción alguna entre los textos revelados. La Escritura nunca se separa ni de la regla de la verdad ni de la regla de la fe. La Biblia ha de interpretarse desde la misma Biblia; los textos oscuros han de interpretarse con la ayuda de los claros.

Los *autores sagrados*, en plural, son instrumentos utilizados por Dios. Lo que hacen es *eructar lo bebido*, comunicar lo que han recibido de Dios:

Hablando del discípulo amado de Jesús, comenta Agustín:

«En la Cena estaba recostado sobre el pecho del Señor. Secretamente bebía en aquel pecho, y lo que secretamente bebió, públicamente lo eructó con el propósito de que todas las gentes no sólo conociesen la encarnación, pasión y resurrección del Hijo de Dios, sino que también supiesen que antes de la encarnación existía el Unigénito del Padre, el Verbo del Padre» (Io.ev.tr. 36,1).

Los autores sagrados no dejan de ser humanos en el momento de escribir. No obstante, para poder transmitir la Palabra de Dios son iluminados y reciben la inspiración de parte de Dios: *«(...) porque eran hombres esos mismos que escribieron las Escrituras, no brillaban con luz propia, sino que la verdadera luz era ese mismo que ilumina a todo hombre que viene a este mundo»* (Io.ev.tr. 1,6). La existencia de todos los autores sagrados

es perfectamente compatible con la unidad de las Escrituras. Y es que hay, en el fondo, una unidad de autor, pues el autor único de las Escrituras no es otro sino el Espíritu Santo. El *Doctor gratiae* asegura que todos los santos profetas que hablaron movidos por un único Espíritu están en tan maravilloso acuerdo entre sí, que es mucho más amplio que si la única boca de un solo hombre hubiese dicho todo lo de todos; por tanto se debe aceptar sin duda alguna todo lo que a través de ellos dijo el Espíritu Santo, pues lo de cada uno es de todos y todo es de cada uno (cf. cons.ev. 3,7,30).

En el caso concreto de los *evangelistas*, Agustín advierte la inspiración del Espíritu Santo sobre ellos acudiendo a distintos sustantivos, adjetivos y verbos latinos: *inspiratum, inspiratio, dictare, suggerere, gubernare, regere, recordatio, cor, scire, sentire...* Dios inspira a cada autor, personal y particularmente (*unicuique inspiratum est*, según cons.ev. 1,2,4), sin que por ello el autor sagrado humano pierda su libertad o su propia intención literaria (*intentio auctoris*, según cons.ev. 1,3,6; 1,5,8; 1,6,9).

.....Agustín utiliza la metáfora “el firmamento de las Escrituras”

Es una metáfora localizada en la enar.psal. 93.

Ambos (firmamento y Escrituras) se despliegan para poder ser leídos. El salmo 103 dice “extiende el cielo como una piel” (*extendit caelum sicut pellem* [sal. 103,3]), entendiendo por piel el pergamino con el que eran hechos antiguamente los códices. El firmamento y las Escrituras se despliegan para ser leídos e interpretados por los hombres. Las Escrituras, como el firmamento, sirven para fijar el corazón en el cielo, para elevarlo desde las cosas de la tierra hacia Dios (cf. enar.psal. 31,2,22).

Si el corazón se queda en la tierra se pudre (cf. ser. 229A,3) y por eso ha de elevarse hacia Dios. “*Quien tiene el corazón en lo alto, el mismo corazón es su lámpara*” (enar.psal. 93,6). La luz no proviene del corazón del hombre, sino del mismo Dios, autor de la Escritura: “*Fuisteis, dice, luz en el Señor, no en vosotros*” (enar.psal. 93,6). Es necesario colocar el corazón no en los afanes del mundo y de la tierra, sino en la meditación de la Palabra de Dios, para que se convierta en una luminaria más del firmamento de las Escrituras.

El creyente, meditando la Palabra de Dios, aparece ante el mundo como una luminaria, que se encuentra firmemente adherida a la Palabra de Dios, al firmamento de la Escritura (cf. conf. 13,18,22). Si el corazón está puesto en el firmamento (*firmamentum*) se vuelve, a su vez, firme (*firmum*). Así se supera y se trasciende lo que define al hombre de este mundo en el pensamiento agustiniano: la inestabilidad (*infirmas*). Veámoslo con una frase agustiniana: “Anunciarán, digo, los cielos, es decir los santos, la gloria de Dios elevados sobre la tierra (...); el cielo firmamento (*firmamentum*), el corazón firme (*firmum cor*), no el corazón tímido” (enar.psal. 18,2,3).

Dios es firmeza, ha creado el firmamento y le da estabilidad. La divina Escritura es un firmamento de *auctoritas* para nosotros. La firmeza del corazón, al permanecer en el firmamento de las Escrituras, le hace al hombre soportar pacientemente todas las cosas. Le eleva sobre la tierra.

.....El quirógrafo = *chirographum*

Para San Agustín la Sagrada Escritura es también el *chirographum*, es decir, el manuscrito que contiene la escritura de la misma mano de Dios, del Espíritu Santo, para que el hombre crea que las promesas de Dios no sólo las hace de palabra, sino que las garantiza con un escrito salido de su propia mano:

“Lee en mi manuscrito (*chirographum*) todas las cosas que prometí” (enar.psal. 144,17).

.....El asunto de la doble iluminación

Paralelamente a la inspiración (iluminación) de los autores sagrados, a los lectores nos corresponde también ser iluminados en el momento de leer las Sagradas Escrituras. Entonces descubriremos la voluntad de Dios en las palabras que leemos en ellas.

Necesitamos una iluminación divina interior, ya que el único que puede enseñar es el Maestro interior, como indica Agustín en mag. 14,45-46.

Estamos llamados a entrar en el propio interior, para recibir la “*illuminatio*” de este Maestro interior mediante la luz del propio Cristo. Esta iluminación interior es llamada por Agustín “*revelatio*”. En ella encontramos atracción, deleite, conocimiento y amor⁷.

.....Las Escrituras y su carácter de mediatio⁸

Agustín habla de la transitoriedad de las mediaciones y de su carácter meramente auxiliar y temporal. Cuando termine la peregrinación por este mundo (cf. enar.psal. 85,11) y al deseo lo sustituya la visión de Dios (cf. ser. 56,3), ya no las necesitaremos.

La Escritura es una mediación humilde que se muestra en un ropaje lingüístico humilde. Nos lleva a pensar en la kénosis de Dios, frente a la soberbia orgullosa del hombre. En el conjunto de las mediaciones aparece la Sagrada Escritura para llevar a los seres humanos de regreso a Dios. Dios sale al encuentro del hombre soberbio mediante la humildad. Cristo es maestro de humildad (cf. virg. 31) y también humilde es la Escritura, que en lenguaje pobre y rudo esconde la Palabra de Dios. Su estilo es simple y llano, mostrando así la condescendencia de Dios para con nosotros. Dios se abaja y vive un proceso de kénosis para después elevarnos. Su sabiduría desciende y eleva al hombre hasta lo más alto de los misterios divinos (cf. Trin. 1,1,2). El tono de la Escritura es asequible a todos. Su lenguaje es llano, familiar y amigable. Para interpretar bien las Escrituras, junto a la preparación técnica, es todavía más importante la humildad como actitud del espíritu a la hora de acceder a ella. No es para nada recomendable leer la Biblia con un alma llena de orgullo, lo cual puede llevar a uno por malos caminos (como le ocurrió a él con su entrada en el maniqueísmo, según se señala en conf. 3,5,9). El orgullo es enemigo del doble precepto del amor. No debemos ir a la Escritura con la actitud de un juez o con una mirada hipercrítica. Es preferible ser obedientes y poseer ojos humildes que

⁷ Autores que conocen ampliamente esta dinámica son, entre otros, E. Eguarte, A. Solignac, H. de Lubac, A. C. de Veer, P. Stockmeier, C. Kannengiesser, etc...

⁸ Sobre el asunto de las mediaciones en S. Agustín recomendamos: CLAUDIO PIERANTONI, *Las mediaciones de la salvación en San Agustín*: Teología y Vida 42/1-2 (2001).

piden, buscan y llaman (cf. Mt 7,7). Entrar en la verdad supone siempre el amor (c.Faust. 32,18).

Agustín, por lo demás, descubre progresivamente que la Biblia no sólo posee riquezas en sentido espiritual y teológico. También esconde tesoros retóricos. Su belleza literaria le viene del perfecto equilibrio de sus contenidos.

.....**La Escritura es una via para volver a Dios**

En ella encontramos a Cristo, *Via, Veritas et Vita*.

El hombre herido y enfermo por el pecado necesita en el camino de la vida de la medicina de las Sagradas Escrituras para poder recobrar la salud (cf. ep. 21,3).

Es preciso dejar que la Escritura lleve a morir al hombre viejo, marcado por la concupiscencia y la letra de la ley, para que nazca el hombre nuevo y podamos convertirnos en hijos en el Hijo: *«Este amor nos renueva para ser hombres nuevos, herederos del Nuevo Testamento y cantores del nuevo cántico (...). Este amor hace que muramos para este mundo aun cuando estemos en esta carne mortal y nuestra vida esté escondida con Cristo en Dios (Col 3, 1) (...). Fuerte como la muerte es el amor. ¿Qué puede haber más fuerte que aquello con que se vence al mundo?»* (Io. ev.tr.65,1).

La lectura y la meditación de la Sagrada Escritura ayuda a ir pasando progresivamente de la condición vieja del hombre a la condición renovada y pascual (cf. Col 3,9), a dejar el Antiguo Testamento -con sus normas y leyes, marcado por la concupiscencia- para vivir en el Nuevo Testamento, en la ley nueva de la caridad y de la gracia, siguiendo el camino de Cristo, doctor de la humildad (cf. virg. 31). Gracias a la caridad divina se puede dar el cumplimiento pascual en el interior del hombre.

La Escritura es una nube que riega y hace revivir el alma (cf. Gn.c. man. 2,4,5). A causa del pecado se ha secado una fuente y hay una nube que riega y hace revivir el espíritu. Antes del pecado, Dios a la criatura la regaba con una fuente interior, hablando al entendimiento de ella, de modo que exteriormente no necesitaba las palabras de los

profetas y apóstoles, sino que se saciaba con su propia fuente, es decir, con la verdad que manaba en lo más íntimo de su ser (cf. Gn.c.man. 2,4,5).

Después de la caída, la mediación de la Sagrada Escritura se hace necesaria. Ésta será como las nubes de las cuales sale la lluvia que puede regar y alimentar el entendimiento del hombre. Al secarse la fuente interior a causa del pecado, para que el ser del hombre pueda florecer, reverdecer y revivir, es decir conocer las verdades de Dios, necesita de las Escrituras: haciendo llover sobre la tierra, hace revivir a las almas por medio de su palabra, pero las riega con las aguas de sus nubes, esto es, con los escritos de los profetas y apóstoles (cf. Gn.c.man. 2,4,5).

El camino de regreso al núcleo personal, tras el viaje generado por la soberbia dispersiva, es la humildad (cf. conf. 7,18,24), cuyo ejemplo más excelente es el de Cristo (cf. Io.ev.tr. 25,16). Mediante ella se nos exhorta a dejar que el agua de los evangelios, que procede de la nube que es Cristo, empape a la persona, y que ésta -bebiendo de esta agua- pueda volver a su interior, para en él redescubrir la fuente interna primigenia que instruía al hombre.

Agustín establece una interesante vinculación entre la Encarnación y la Sagrada Escritura; por esta lluvia nuestro Señor se dignó tomar la nube de nuestra carne y derramar la abundantísima lluvia del santo Evangelio, prometiendo también que si alguno bebiere de esta agua volvería de nuevo hacia aquella sacratísima fuente para no buscar en adelante la lluvia de fuera. Antes del pecado la fuente surgía de la tierra y estaba interiormente en ella. Entonces no se echaba de menos el auxilio de las nubes (cf. Gn.c.man. 2,5,6). Gracias al agua que cae de estas nubes se posibilita el paso de la vida antigua a la vida nueva.

Es interesante advertir que el tagastino es -ante todo- un pastor de la Iglesia. Dedicar parte de sus energías a defender las Escrituras que alimentan la vida de la Iglesia; también a exponer sus enseñanzas a los fieles (a través de su predicación y escritos). Agustín siempre lee la Biblia *in communione Ecclesiae*.

3. LA BIBLIA Y LA TEOLOGÍA SIMBÓLICA: UNA PROPUESTA AGUSTINIANA PARA LEER LOS TEXTOS JOÁNICOS⁹

Agustín es un *gran lector de la Sagrada Escritura*. Es su predicador, su intérprete, su estudioso. Siempre está atento a escrutar el texto de la Biblia. Como indica P. M. Bogaert busca siempre, con los instrumentos que tiene a su alcance, el mejor texto bíblico, y el que mejor refleje con mayor fidelidad la Palabra de Dios. En ningún momento se detiene en esta búsqueda. Llega a tener un conocimiento bíblico enciclopédico, citando de memoria muchos pasajes de la Sagrada Escritura. En las Escrituras, Agustín halla su alimento cotidiano, el cimiento firme sobre el cual edificar su vida (y la de su rebaño eclesial), el revulsivo que le invita a una conversión incesante cuyo punto motor se halla en la autoridad del propio Dios. Aquí se encuentra la solidez para el corazón, En efecto, el corazón colocado en el firmamento de las Escrituras, ejercitado día y noche en la meditación de sus palabras, adquiere la firmeza y la consistencia.

Se da un curioso juego teológico, lingüístico y fonético: si el corazón está puesto en el *firmamentum* (firmamento) se vuelve *firmum* (firme). Así se supera la *infirmitas* (inestabilidad) que es lo propio de los cambios y avatares que definen la vida en este mundo. La Biblia nos pone en comunicación con Dios, donde hallamos la firmeza, la estabilidad y la posibilidad de vivir con un corazón firme. En el firmamento de la Escritura está el firmamento de autoridad que viene del que es eternamente y del que espera nuestro *firmum cor*, alejado de la timidez. Entonces la Escritura, si somos fieles a los mensajes que Dios nos da a través de ella, nos capacita para vivir con firmeza de corazón, soportando pacientemente todas las cosas, interpretando el mundo desde la lógica divina, y viviendo todo con serenidad y sabiduría, a la luz de la Palabra de Dios. Agustín nos invita a tener el corazón en el cielo, trascendiendo lo presente, como se ve en la enar.psal. 93,6: “*Luego su corazón está en el cielo. Si está en el cielo su corazón, todas las injusticias que*

⁹ Textos tomados –algunos de ellos condensados– de MANUEL SÁNCHEZ TAPIA, *Teología de los símbolos en los escritos joánicos de San Agustín*: Estudios eclesiásticos: Revista de investigación e información teológica y canónica 88/344 (2013) 83-118. ÍDEM, *San Agustín y san Juan. La persuasión del universo simbólico*: Estudios eclesiásticos: Revista de investigación e información teológica y canónica, 93/366 (2018) 657-698.

se cometen temporalmente en la tierra, toda la felicidad de los hombres malos, todos los sufrimientos de los justos son nada para el que medita durante el día y la noche la ley del Señor”.

El obispo de Hipona encuentra muchos símbolos en la Sagrada Escritura. Podríamos colegir que él, haciendo un uso inteligente de los mismos, desarrolla parte de su teología cimentando sus reflexiones en estos símbolos, metáforas y alegorías bíblicas. Los escritos joánicos, magistralmente interpretados por Agustín, son signos fehacientes de este quehacer teológico agustiniano. Dios nos habla a través de estos símbolos, y el hiponate lo sabe muy bien. Como ejemplos de símbolos joánicos que Agustín interpreta usando el método tan querido por la escuela teológica alejandrina, podemos enumerar –entre otros– los siguientes:

- El agua que, simbolizando al Espíritu Santo, nos da la vida nueva.
- El camino, que nos permite ir de Cristo hombre a Cristo Dios.
- El cordero, que siendo el mismo Cristo, aparece en silencio e inocencia.
- La cruz, despreciada por la soberbia, y que en realidad es medio salvífico.
- El fuego, que posibilita la predicación impactante y la viva adhesión al Señor.
- La fuente, que nos refresca y conforta en el tiempo de la peregrinación.
- El grano de trigo que, en medio de la paja, nos pide tolerancia y paciencia.
- Las manos: pensando en las del Padre, vemos que de ellas nadie nos arrebata.
- El médico, donante de salud, que alivia las heridas interiores.
- El mundo, como espacio en el que habitan las tinieblas y los pecados oscuros.
- El ojo, que ha de estar limpio para contemplar nítidamente la realidad.
- La paloma, que es el ave que gime con gemido de amor.
- El pan, símbolo del milagro de Jesús alimentando a la multitud hambrienta.

- El pastor, que cuida sus ovejas del peligro de los lobos feroces.
- La piedra, la cual evoca solidez, firmeza y seguridad; nos recuerda a Cristo.
- La puerta: es Cristo y si queremos entrar por ella, nos exige humillarnos.
- La raíz que, sin tener belleza, es decisiva para sostener la vida entera.
- El templo, que nos lleva a pensar en la resurrección del cuerpo de Cristo.
- Los vestidos, que son repartidos, y la túnica que es echada a suertes.
- La vid que, unida a los sarmientos, nos habla de Cristo y de la Iglesia.
- El monte, al cual Agustín identifica con San Juan, hombre de altos vuelos.
- La luz que, siendo divina y cristológica, no miente.
- La piscina, que es lugar de sanación y posee 5 pórticos alusivos a la ley.
- Escila y Caribdis, que nos exigen no polarizarnos y huir de las estrechuras.
- La carne, identificada con lo pecaminoso, lo malvado y lo incrédulo.
- La casa, la Iglesia para los cristianos; en ella estamos a gusto con los nuestros.
- La serpiente, signo diabólico y espíritu maligno capaz de envenenarnos.
- La noche, en la que se sufren males y turbaciones de impiedad malsana.
- El perfume, asociado a la fe, a la unción y a la buena fama.
- Los sarmientos, que nos sugieren estar unidos al que es la vid verdadera.
- La leche, identificada con la iniciación cristiana y con la fe de los párvulos.

- El árbol y el río, que nos hablan -respectivamente- de seguridad y fluctuación.

Como ya indicamos en su día, consideramos que hay que enumerar algunas notas en el trabajo exegético desarrollado por Agustín cuando éste se acerca al Evangelio de San Juan. Veamos:

- 1^a. El ejercicio exegético agustiniano está puesto al servicio de la misión pastoral que él desarrolla en la Iglesia.
- 2^a. Agustín anhela alcanzar –ayudado por la fe y por la razón– el significado más hondo, más radical y más espiritual de los símbolos cristianos.
- 3^a. Existe en algunos textos agustinianos (que interpretan símbolos) el riesgo de una excesiva alegorización, en detrimento del sentido literal.
- 4^a. No existe solamente un significado para cada símbolo; es habitual que una misma realidad simbólica contenga varias significaciones teológicas. La pluralidad de significados ha de permitirnos abrirnos a la salvación de Dios.
- 5^a. El significado último de cada símbolo sólo se alcanza en la persona de Jesucristo, y en la presentación que de Él hace la Iglesia. En Juan, Él es el Hijo, el Preexistente, el Verbo igual al Padre en su naturaleza divina y el Salvador de todos los hombres.
- 6^a. Se evidencia en Agustín la inefabilidad del Misterio y la inadecuación de los símbolos. El Misterio es insondable e inefable, no susceptible de ser plenamente conceptualizado, ni siquiera por la flexibilidad semántica de los símbolos.
- 7^a. Agustín prueba la espléndida hondura teológica de los símbolos joánicos.
- 8^a. Existe un círculo hermenéutico que interconecta la simbología, la cristología y la eclesiología. El sentido más radical y genuino de cada uno de los símbolos estudiados sólo se alcanza desde una hermenéutica dialogante –al mismo tiempo– con la cristología y con la eclesiología.

4. LA INSPIRACIÓN BÍBLICA DE ALGUNOS NÚCLEOS CARISMÁTICOS AGUSTINIANOS ¹⁰

La espiritualidad agustiniana está definida y caracterizada por una serie de rasgos que le dan consistencia y cariz propio. Son elementos carismáticos, que Agustín recibe del mismísimo Dios y de los que habla con frecuencia en sus textos escritos y en sus predicaciones. Vamos a fijarnos ahora en siete claves de la espiritualidad agustiniana, a la hora que constatamos su evidente conexión con el mensaje bíblico.

1ª. Memoria. “No olvidéis las acciones del Señor” (Sal 77).

Agustín aprende e invita a recordar, buscando a Dios y también las huellas de Dios en su vida. La Biblia lo guía. Él agradece tanto bien recibido de Dios.

El peregrinaje espiritual de Agustín comienza con la *memoria*, que es el instrumento de su búsqueda, desde las profundidades de la condición humana, para hallar la verdad en sí mismo y llegar al conocimiento de sí y de Dios, el referente de trascendencia. Es una actividad que se lleva a cabo a lo largo del tiempo y a través del diálogo interior.

Revisar la memoria supone un proceso de reflexión cuyo objetivo es reconstruir, interpretar y dar coherencia a los acontecimientos de la vida en la presencia de Dios. Sumergirse en la *memoria* requiere una narración autobiográfica y una lectura creyente que consolide la continuidad en el peregrinaje. Los acontecimientos personales están encadenados.

2ª. Superación de la dispersio. “Me abandonaron a mí, fuente de agua viva, y se cavaron aljibes, aljibes agrietados que no retienen agua” (Jer 2,13).

Si la dispersión esparce, el silencio recoge las intimidades del ser humano. La práctica del silencio es una disciplina mental y afectiva

¹⁰ Epígrafe inspirado en la propuesta de ANDRÉS G. NIÑO, *Ejercicios espirituales con San Agustín*, Ed. San Pablo, Madrid 2016.

que frena la compulsión a comunicar, a seguir un movimiento constante de imágenes y a ceder a un sin fin de sutiles invasiones. El silencio es un espacio libre que el ser humano crea voluntariamente para hallar serenamente la presencia de Dios. La dispersión se supera con el recogimiento y con la concentración de fuerzas en el alma.

En los primeros libros de las *Confesiones*, Agustín da detallada cuenta de la agitación que ha sufrido su mundo interior. La dispersión -*dispersio*- es una situación primordial, recurrente y asociada con la voluntad dividida y el desorden en el amor humano, que evoca la imagen de vivir en la región de la semejanza y en la indigencia espiritual. La espiritualidad agustiniana pide corregir y superar esta *dispersio* pecaminosa.

3ª. Interioritas. “Tú, en cambio, cuando ores, entra en tu cuarto, cierra la puerta y ora a tu Padre, que está en lo secreto, y tu Padre, que ve en lo secreto, te lo recompensará” (Mt 6,6).

Entrar en la *interioritas* es el ejercicio que resuelve la experiencia de la dispersión en el encuentro con Dios que llama, inspira y asiste con su providencia. La voluntad humana y la gracia divina actúan conjuntamente en una decisión y un movimiento de retorno en el que se implica la persona totalmente, hacia el conocimiento de sí y de Dios. Hay que entrar en el interior.

La práctica del discernimiento espiritual enfatiza la integración que hace Agustín del diálogo interior y de la consulta a personas con experiencia sobre la condición humana y los caminos de Dios. El objetivo es adquirir una coherencia interna y una perseverancia en el progreso hacia la conversión. La meta buscada consiste en vivir desde dentro y en encontrar a la Verdad dentro (cf. vera rel. 39,72).

El tema central de las *Confesiones* es la búsqueda espiritual en la que Agustín se envuelve en su afán de abrazar en su interioridad la Verdad y conseguir la Felicidad. El gran tesoro del interior es Dios.

4ª. *Ordo amoris.* “Buscad los bienes de allá arriba, donde Cristo está sentado a la derecha de Dios; aspirad a los bienes de arriba, no a los de la tierra” (Col 3,1-2).

Agustín nos instruye en el arduo aprendizaje de amar ordenadamente, lo cual implica regular la fuerza del amor y formar un sistema de relaciones humanas y valores en el que Dios sea el único centro de gravedad. Lejos de Él, el amor se desorienta causando un trastorno espiritual profundo. El *ordo amoris* es, esencialmente, una reorientación permanente del deseo hacia Dios. *In Deum, in Deum...* No hay que pegarse ni apegarse a nada ni a nadie.

La práctica de la *lectio divina* mantiene esa tarea ordenadora del amor a través de una gradual y distintiva interiorización de la Palabra y de la voz de Dios, que se oye «como quien habla al corazón». La Biblia va corrigiendo los desvíos del amor, las idolatrías, las distracciones amorosas, las dependencias no confesables... Agustín nos pide vivir en sinceridad y transparencia, con los afectos ordenados, evitando grietas afectivas que pueden ser peligrosas o mortales.

5ª. *Magister.* “Uno solo es vuestro maestro y todos vosotros sois hermanos” (Mt 23,8).

La Biblia nos dice que Jesús es el Maestro. Agustín nos exhorta para que aprendamos a ser discípulos del Maestro interior. Él nos habla desde dentro, desde lo más profundo del alma. Su voz interior se escucha en el silencio, lejos del mundanal ruido.

En la jornada espiritual de Agustín, el proceso del conocimiento de Dios va a través del Cristo interior, y se afirma por su adherencia a Él en la conversión. Cristo, *Magister interior*, se constituye así en el centro de su historia personal: «Él es objeto de la confesión de mi alma» (conf. 4,12, 19). Es el camino por el que se propone andar desde ahora para «llegar y ver y poseer a Dios» (conf. 7,21,27). Personifica el principio y el término de su peregrinaje.

La práctica del ministerio es una actividad de servicio a imitación de Cristo, el único Maestro bueno e interior, que enseña de palabra y

obra. Al mismo tiempo que fortalece la «unidad en la caridad» de los creyentes, ofrece al mundo un testimonio luminoso y convincente.

6ª. Peregrinatio. *“El Señor es mi pastor, nada me falta: en verdes praderas me hace recostar; me conduce hacia fuentes tranquilas y repara mis fuerzas; me guía por el sendero justo” (Sal 22,2-3).*

Con Agustín aprendemos a vivir en peregrinación hacia Dios. El hombre es *homo viator*.

La *peregrinatio* se desarrolla en el tiempo fugaz de la vida humana y es el ejercicio que guía la trayectoria espiritual de las *Confesiones*. La persona asciende hacia Dios, no a pie o atravesando un espacio, sino por un movimiento de afectos internos y de obras animadas por la fe. Durante este proceso da testimonio de la acción transformadora de la gracia en el ser humano. Vamos en camino hacia la Patria divina. Cristo nos guía para que no nos perdamos y nos unamos cada vez más a Él.

Se nos invita a adoptar un estilo de vida libre, sin ataduras ni cargas excesivas, que consolide el compromiso de la conversión cristiana. Aquí está la respuesta libre a la llamada de Dios. Para ese fin, Agustín ofrece a los suyos una *Regla*, cuyos principios básicos conciernen a cuantos han decidido despojarse del hombre viejo y revestirse de Cristo, para caminar ágilmente hacia el cielo.

7ª. Cor unum. *“El grupo de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma: nadie llamaba suyo propio nada de lo que tenía, pues lo poseían todo en común” (Hch 4,32).*

Agustín, tras la lectura del libro de Hechos, quiere construir y participar en una comunidad de fe.

La experiencia religiosa de Agustín tiene su raíz en la inquietud del *cor nostrum*, que por la interioridad y la conversión halla su descanso y su unidad en Dios. Y, a medida que profundiza en su comprensión de la Iglesia, extiende y amplía el ámbito de la relación personal con Dios, deseando que todos –en comunión existencial– se unan en confesión y alabanza al Creador.

La plegaria y la liturgia responden -comunionalmente- a este deseo primordial de *stabilitas* en Dios que requiere la conversión. Es el espacio en el que el ser humano (junto a sus hermanos) expresa la experiencia de lo sagrado en los aspectos más rutinarios y en los más solemnes de la vida.

Desde la experiencia en la región desértica de «sus caminos» hasta su entrada en «los caminos de Dios» que vive en la conversión, Agustín ha recorrido un largo trecho. Anhela que su comunidad de amigos haga, con una sola alma y un solo corazón, el mismo viaje interior hacia Dios. Éste es su mejor legado para los suyos.

5. CONCLUSIONES

- 1^a. La Escritura nos sirve para obtener la fe, la esperanza y la caridad (cf. doc.chr. 1,35,39; 1,36,40). Agustín dice sí al método científico, pero sobre todo dice sí a *la meta de la caridad* (a la que ha de llegarse mediante la interpretación bíblica). Es cierto que puede existir el que aun interpretando mal el sentido literal llegue sin embargo a la caridad, como aquel que habiendo abandonado el camino recto, llegue casualmente por sendas equivocadas a su destino. No obstante, éste ha de ser corregido para que no se repitan esas casualidades (cf. doc.chr. 1,36,41 y 1,39,43).
- 2^a. *El gozo y el alimento espiritual* se esconden en la Palabra. “*Tu voz es mi gozo*” (conf. 11,3,2), dice Agustín al Señor, al advertir que le habla en las Escrituras sagradas. En la Biblia está nuestro pan cotidiano, capaz de alimentarnos todos los días. Es el mismo pan que le pedimos a Dios cuando nos ponemos a rezar el Padrenuestro. Ese pan que le pedimos a Dios todos los días son los tres tipos de panes, a saber: el pan para nuestras necesidades de todos los días, el sacramento de la Eucaristía y -en tercer lugar- el pan de la Escritura. Éste último es el alimento de nuestras almas, para descubrir la voluntad de Dios. El tagastino reconoce que nuestra oración es un diálogo con Dios. Cuando nosotros leemos las Escrituras, Dios nos habla. Y cuando nosotros oramos, entonces somos nosotros los que respondemos a Dios. Agustín nos exhorta a leer las Escrituras

todos los días, buscando una luz y una orientación para vivir según lo que Dios espera de nosotros.

- 3^a. En cuanto a *los pasajes claros*, es cierto que leer la Escritura con las disposiciones interiores de las virtudes cristianas (temor de Dios, humildad, piedad, sabiduría, ciencia, fortaleza, consejo, purificación interior del corazón, sabiduría...) desemboca en algo grande. Aquel que lee con buenas disposiciones la Escritura encontrará nítidamente en los pasajes claros todo cuanto pertenece al contenido de la fe y de la conducta de la vida, esto es, a la esperanza y a la caridad (cf. doc.chr. 2,9,14).
- 4^a. Recordemos que, en cuanto a *las traducciones de la Biblia*, Agustín asegura que ha de preferirse la traducción Ítala a las demás, porque a una mayor fidelidad a las palabras, añade una mayor claridad en la expresión. Se debe dar la prioridad a los códices más fieles y a las traducciones más conformes con el texto original. A partir del año 400 en adelante, Agustín se sirve de la revisión que hace San Jerónimo de los cuatro evangelios (la conocida Vulgata) en la Iglesia de Hipona. No adopta nunca la traducción del hebreo del Antiguo Testamento, realizada también por San Jerónimo. Indica el obispo de Hipona que para corregir cualquiera de las versiones latinas, se ha de recurrir a las griegas, entre las que tratándose del Antiguo Testamento, sobresale la autoridad de los Setenta (cf. doc. chr. 2,15,22).
- 5^a. Agustín viene a distinguir *el sentido literal* y *el sentido espiritual*, presentes ambos en las Escrituras Santas. La preocupación pastoral de Agustín aparece claramente en su advertencia de que muchas cosas que en el Antiguo Testamento eran lícitas no lo son ahora en unas circunstancias muy distintas. En el Nuevo Testamento estas mismas costumbres (lícitas en el AT) han alcanzado un grado de madurez tal que no se permite la repetición de ciertas acciones que estaban permitidas en la antigua providencia. Agustín admite un sentido literal en todos los lugares, y -casi siempre- también un sentido espiritual, es decir, un sentido escriturístico, que puede ayudar a la fe y a las costumbres de los cristianos. Consideramos como «figuradas» todas aquellas interpretaciones que Agustín hace en sus homilías sobre el Antiguo Testamento, que él lee con una

precomprensión cristiana. Esto no le impide ser consciente de que una palabra o una frase -que en un pasaje se interpreta figuradamente- no siempre ha de interpretarse así, ni que tenga siempre el mismo simbolismo. Agustín sabe que la letra mata, mientras que el espíritu da vida, según leemos en 2 Cor 3,6. Aquí vemos que hay dos modos de interpretar la Escritura, a saber: el sentido histórico o literal y el sentido alegórico o espiritual. San Jerónimo es un genio del primero, y Agustín del segundo. La interpretación espiritual elimina obstáculos que a veces plantea el texto, y además conduce a tesoros escondidos. El literal supone una lectura más directa y plana del texto. Agustín emplea el método espiritual en la predicación, aunque es cauteloso a la hora de utilizarlo en asuntos de doctrina o de dogma. El sentido espiritual ha de estar cimentado en el sentido histórico, sin sustituirlo. Agustín distingue, incluso, la posibilidad de encontrar un sentido que -aun estando en la mente de Dios- no lo estaba en la mente del autor sagrado ¹¹.

- 6^a. San Agustín es *el hombre que ama la Sagrada Escritura* ¹². En su juventud, cuando él estudiaba todavía en Cartago la retórica, se acerca a la S. E. buscando modelos semejantes a los que él conocía en la literatura latina. Se siente decepcionado, porque la Biblia no está escrita con la elegancia de los autores que él conoce durante sus estudios. No es elegante como Virgilio, ni como Cicerón. En un primer momento las Escrituras se le caen de las manos y las rechaza. Cree que son indignas de Dios. Después, tras su conversión, descubre el gran error de su propia soberbia; esto le ha impedido descubrir que Dios comunica su mensaje a través de medios humildes. El mismísimo Dios trinitario entra en la Historia humana humildemente, mediante un proceso de kénosis: el Hijo de Dios, humilde como el que más, se abaja para entrar en el entramado histórico y así lograr salvar a todos los hombres. El obispo de Hipona se convierte en un gran amante de la Sagrada Escritura. La lee con la Iglesia y en la estela luminosa de la tradición de la

¹¹ Cf. LUIS V., *San Agustín y la Biblia*: Revista Reseña bíblica 55 (2007) 37.

¹² Cf. ENRIQUE EGUIARTE, *He de Guiarte 5 - San Agustín y la Biblia*. Disponible en la web: YouTube / Consulta: 02.10.2023.

Iglesia. El hijo de Santa Mónica nos da dos consejos decisivos para leer provechosamente la Sagrada Escritura:

**Primero*, leer la Biblia en el marco de la *regula fidei* de la *Catholica Ecclesia*. Agustín es fiel al dogma; tanto que si una interpretación bíblica se contrapone a la propia interpretación de la Iglesia, San Agustín dirá que lo que hay que cambiar no es la doctrina de la Iglesia, sino más bien la interpretación equivocada que se está realizando. Hay que leer la Biblia *in communione Ecclesiae*. Nos dice Agustín que él no creería en los evangelios si no se lo dijese la autoridad de la Iglesia.

**Segundo*, valorar que la interpretación de las Escrituras ha de hacerse en continuidad con la tradición viva de la Iglesia. Agustín sabe que él no es el primero que lee las Sagradas Escrituras. A él lo preceden grandes especialistas y otros Padres de la Iglesia que han leído e interpretado magistral y provechosamente las Escrituras santas. Agustín es de los primeros autores patrísticos que citan a los Padres anteriores a él mismo. San Ambrosio, San Cipriano y los Padres Griegos (sobre todo San Basilio) son citados como maestros suyos a la hora de hacer una buena lectura y una buena exégesis de los textos sacros.

- 7^a. En cuanto al *canon bíblico*¹³ advertimos que San Agustín nunca ve la Biblia en un solo volumen. Sí conoce los diversos códices que forman parte del canon bíblico, y a ellos alude ocasionalmente en sus obras. Exhorta a sus fieles a que compren y lean los códices bíblicos, individual o grupalmente, para conocer más adecuadamente la Palabra de Dios. Les pide un esfuerzo, a pesar del elevado coste que tienen estos códices. Mejor es que haya dinero para esto que para frivolidades, señalará (cf. ser.Dolbeau 5,14).

**En lo que respecta a los libros del Antiguo Testamento*, Agustín enumera cuarenta y cuatro, ya que incluye el libro de las Lamentaciones y el del profeta Baruc dentro del libro del profeta Jeremías, con lo que el canon agustiniano del Antiguo Testamento coincide con el

¹³ Cf. ENRIQUE EGUIARTE B., *San Agustín y la Biblia*: JOSÉ OROZ RETA – JOSÉ ANTONIO GALINDO RODRIGO (DIRS.), *El pensamiento de San Agustín para el hombre de hoy (III)*, Ed. Edicep, Valencia 1998, pp. 374-375.

canon bíblico católico actualmente aceptado. La misma lista propuesta por Agustín para el Antiguo Testamento había sido aceptada por el concilio de Hipona del 393 y ratificada después por dos sínodos de Cartago, en el 397 y 419, respectivamente: en estos cuarenta y cuatro libros se encierra la autoridad del Antiguo Testamento.

**Sobre los libros del Nuevo Testamento*, Agustín nos ofrece la lista clásica de los veintisiete libros, coincidiendo con el canon católico actualmente aceptado. Atribuye a san Pablo la Carta a los Hebreos, siendo así que posteriormente vacila al respecto, para finalmente atribuirle a un autor anónimo; nunca duda de su canonicidad.

Es preciso -atendiendo al pensamiento del hiponate- tener la Escritura como Escritura. Debe respetarse el canon bíblico establecido por la Iglesia, pues no en vano se fija y determina el canon de las sagradas Letras, para evitar incluir en él libros que son meras disquisiciones humanas y no palabra de Dios. No ha de tenerse por Escritura canónica el libro de la disquisición de nadie, ya que el canon ha sido establecido no por hombres que se equivocan, sino por el Espíritu Santo. Tengamos la Escritura como Escritura, como a Dios que habla. No busquemos allí al hombre que yerra, pues no en vano está constituido para la Iglesia el canon. Todos los libros que lo integran han sido inspirados por el Espíritu Santo.

- 8^a. Existen diferencias notables entre *la hermenéutica agustiniana y otras hermenéuticas coetáneas*¹⁴. Los herejes y cismáticos no hacen una buena exégesis, pues despliegan una “interpretación carnal” de la Escritura. Se trata de un ejercicio instrumental, funcional e incluso fundamentalista. Esto les impide encontrar el verdadero sentido de la Palabra de Dios. Los maniqueos recurren a la mutilación, con la teoría de la interpolación; también recurren a la negación de la inspiración. Los donatistas -por su parte- leen el texto tal cual está escrito. Los pelagianos buscan la lógica interna del texto. Agustín apela constantemente a la *regula fidei* como criterio de verdad. La

¹⁴ Cf. JOSÉ JUAN GARCÍA, *La hermenéutica en San Agustín. Impacto en Hans Georg Gadamer*. Disponible en la web: <https://enciclopedia.patristica.com/mod/page/view.php?id=3565> / Consulta: 03.10.2023.

regula fidei nos permite encontrar el sentido auténtico del autor sagrado. Aquí se halla un criterio objetivo de interpretación bíblica. Éste es el reclamo a la autoridad normativa de la Iglesia. Agustín subraya la *auctoritas divina Ecclesiae*. La Iglesia está universalmente extendida y en ella se encuentra la verdad. La interpretación de la Escritura está condicionada sólo a quien puede y debe hacerla, que es la Iglesia. Al mismo tiempo, Agustín defiende la autoridad de la Escritura: Dios no habría otorgado a esa Escritura una tan señalada autoridad en todo el mundo si no hubiera querido que -por medio de ella- se creyese en Dios, y por medio de ella se buscara a Dios. Agustín se esfuerza por demostrar el origen apostólico, la armonía entre el Antiguo y el Nuevo Testamento y la *auctoritas historica Ecclesiae*, oponiéndose a interpretaciones fundamentalistas y subjetivas. Consideremos que en la hermenéutica agustiniana se entrecruzan tres realidades: Escrituras, Cristo e Iglesia. Recordemos el famoso aforismo agustiniano: “*In Scripturis Discimus Christum, in Scripturis discimus Ecclesiam*” (ep. 105,5,17). Agustín, frente a la “interpretación carnal” propone una “interpretación espiritual”. No se trata de mirar sólo el sentido literal, sino de ir más allá. De esto habla el hiponense en *De vera religione*, *De utilitate credendi* y *De doctrina christiana*. Agustín posee alguna similitud con el filósofo alemán Hans Georg Gadamer. Gadamer postula que texto y lector tienen cada uno, innegablemente, su propio horizonte; estos horizontes se funden en la interpretación, dando origen a una nueva realidad. Agustín habría intuitido algo similar: el fuego divino de la Palabra enciende el corazón y lo inflama de amor, creando algo nuevo.

Finalizamos indicando que Agustín es estudioso y también predicador de la Palabra ¹⁵. La Sagrada Escritura es como la llave de oro que nos abre el corazón de San Agustín y de Dios. Desde su ordenación hasta su muerte, Agustín vive acogido al amor de la Divina Palabra. Dispensarla es la más importante de sus actividades. Estudiarla el más urgente de sus deberes. Se trata de un ministerio siempre al servicio del Verbo, en la predicación, en el estudio, en el diálogo, en las discu-

¹⁵ PEDRO LANGA AGUILAR, *La Sagrada Escritura y San Agustín predicador*. Disponible en la web: https://www.mercaba.org/TESORO/Agustin/agustin_predicador.htm / Consulta: 03.10.2023.

siones, en la meditación y en sus escritos. Sirve a la Palabra de Dios como presbítero y obispo, en privado y en público, como catequista, orador, liturgista, escritor y salmista redivivo. Una vez presbítero de la comunidad hiponense, Agustín solicita a su obispo Valerio tiempo hábil, por lo menos hasta Pascua, para meditar las divinas Escrituras. Vive hasta el episcopado meditando día y noche la divina ley para comunicarla después. Es consciente de que el sacerdote es dispensador de la Palabra y del sacramento. Posidio, su amigo y biógrafo, asegura que Agustín es constante en esto hasta el final de sus días: hasta su postrera enfermedad predica ininterrumpidamente la palabra de Dios en la Iglesia con alegría y fortaleza (*alacriter et fortiter*)¹⁶.

Advirtamos finalmente que Agustín no hace más que servir lo que la gracia divina le quiere dar. Como indica magníficamente Pedro Langa Aguilar, su mejor exégesis es la que brota espontánea, grácil y suave de la diaria meditación, de ese momento en que el obispo, antes de empezar la celebración de los santos misterios, se recoge en el *secretarium* (recinto de la basílica equivalente a la sacristía). Nada se reserva ni esconde al pueblo de cuanto en la meditación bíblica descubre. Está convencido de que hay dos tipos de enseñanzas, una para los sencillos y otra para los doctos. La fuente de la verdad cristiana es siempre una sola y accesible a todos. De ahí que los temas de los sermones sean idénticos a los de sus libros y opúsculos, con la evidente diferencia que siempre hay entre palabra oral y palabra escrita.

P. MANUEL SÁNCHEZ TAPIA, OSA

¹⁶ La Palabra que Agustín declara a sus fieles llega a éstos como fruto de una riquísima vida interior, como el resultado de una intensa meditación, de una esmerada traducción y de una cuidadosa exposición. Es servida como pan tierno sobre la mesa. Agustín emerge como un diligente servidor de la Palabra. Es muy consciente de que el orador sagrado es aquel que interpreta y enseña la Escritura. Es el que camina como defensor de la fe, preparado para dialogar con sabiduría y elocuencia. Sabe que el conocimiento de la Escritura significa comprenderla con rectitud y escrutarla con diligencia. Indica además el águila de Hipona que hay que penetrar con el ojo de la mente su mismo corazón. Hay que calar bien su esencia e indagar con ahínco sus sentidos. Dispensar la palabra posee -en el hiponate- un carácter carismático.